

La vigencia perenne de los valores morales en la *ética* de Romano Guardini

Uno de los grandes pensadores de nuestra época ha sido sin duda el sacerdote católico Romano Guardini (Verona 1885 – Munich 1968). Su copiosa y valiosa obra nos ha ido llegando poco a poco, en pequeñas entregas¹. Recientemente, sin embargo, han sido publicados en castellano sus escritos más voluminosos correspondientes a las lecciones de ética que fueron impartidas, de 1950 a 1962, en la Universidad de Munich². A lo largo de sus casi mil páginas, con un estilo didáctico y directo, construye los fundamentos de una ética natural (primera parte) y de una ética revelada (segunda parte). Guardini cree que el bien y los valores poseen una gran fuerza, y que, a pesar de los intentos por debilitarlos, reclaman ser realizados en el mundo.

Los valores y las cosas

La falta de sensibilidad hacia los valores, tanto morales como estéticos o religiosos, tiene su origen en haber negado a las cosas su consistencia real. El relativismo y el subjetivismo imperantes desprecian la esencia como un reducto metafísico de épocas pasadas. Aceptar o no la esencia no resulta una cuestión baladí, sino, valga la redundancia, esencial. Negarla significa reconocer que las cosas no encierran un sentido, una dirección, que no tienen peso específico y que, por tanto, no tienen o no imponen ningún valor.

1. Por ejemplo: *El Señor y Vía crucis* (Rialp, Madrid 1954), *Signos sagrados* (Litúrgica Española, Barcelona 1957), *Sentido de la Iglesia* (Dinor, San Sebastián 1958), *Oraciones teológicas* (Dinor, San Sebastián 1959), *Introducción a la vida de oración* (Dinor, San Sebastián 1961), *Mundo y persona* (Guadarrama, Madrid 1963), *Preocupación por el hombre* (Cristiandad, Madrid 1965), *Obras de Romano Guardini I* (Cristiandad, Madrid 1981), *Apuntes para una autobiografía* (Encuentro, Madrid 1992), *El fin de la modernidad. Quien sabe de Dios conoce al hombre* (PPC, Madrid 1995), *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente concreto* (BAC, Madrid 1996), *La existencia del cristiano* (BAC, Madrid 1997), *Las etapas de la vida* (Palabra, Madrid 1997, contenida en su *Ética*).

2. Romano Guardini, *Ética. Lecciones en la Universidad de Múnich* (t.o.: *Ethik. Vorlesungen an der Universität München -1950-1962-*). Trad.: Daniel Romero y Carlos Díaz. Estudio introductorio a cargo de Alfonso López Quintás (XLIV). B.A.C. Madrid (1999).

Guardini, sin embargo, está convencido de que la esencia existe y que en las cosas sale fuera, se revela, se hace fenómeno. La forma de mostrarse la esencia en las cosas la compara a la relación que tiene el alma espiritual del hombre con su cuerpo, especialmente con su cara. “El ‘alma’ en cuanto tal es inaccesible, pero sale a la cara; más exactamente: a la cara que se mueve y se dirige al observador. En ella el alma se manifiesta, se convierte en fenómeno.”

De la misma manera, la esencia sale al exterior de las cosas. A ese mostrarse de la esencia es a lo que llamamos valor. Por eso, bien se puede afirmar que los valores son propiedades objetivas del ser: ellos justifican que las cosas son, que tienen una esencia. Pero los valores tienen también un sentido subjetivo, ya que son indicadores para la conducta humana; maneras de ordenarse bien y tener sentido dicha conducta.

Egoísmo y totalitarismo

Al egoísta de cada día, como lo llama el propio Guardini, no le interesa la esencia, porque prefiere que las cosas giren a su alrededor y dependan de los caprichos de su omnipotente *ego*. El hombre intenta instintivamente una y otra vez negar la esencia a fin de tener manos libres para el capricho y la violencia. Según Guardini, el hombre egoísta pretende permanentemente imaginarse la siguiente ficción: “No existe la esencia de las cosas; por tanto, tampoco existe una exigencia esencial. Consiguientemente, no existe la rectitud objetiva de la acción, sino que la voluntad puede decidir a su antojo. Si lo que hay que hacer no le agrada, puede forzar la realidad, y desde ese momento lo que no estaba bien ya es correcto. Es más, esto, lo que la voluntad decide, es lo único realmente correcto; todo lo demás es sentimentalismo, idealismo...”

Así es como piensa el egoísta de cada día; pero también, el totalitarismo estatal. Guardini, como muchos intelectuales de nuestro siglo, pudo comprobar la “gran mentira” que encierra el totalitarismo. En su obra hay frecuentes referencias a la etapa de la Alemania nazi, a la que se refiere con la expresión: “los Doce años”. La tiranía de Estado niega la esencia de las cosas, del hombre y de las relaciones humanas. Para semejante concepción política “sólo existen hechos, y los hechos son tal como los decide el poder. Esto significa que el Estado puede hacer con los hombres y con las cosas lo que quiera. Lo correcto es lo que él considere útil; luego viene una teoría a justificarlo, y la enseñanza correspondiente se encargará de que el pensamiento no se salga de las líneas marcadas, hasta resultar incluso impensable cualquier otra cosa.”

“Frente a esto –continúa Guardini–, nuestra definición insiste en que lo bueno y lo verdadero se encuentran indisolublemente unidos. El bien es la verdad del ser en la medida en que éste se convierte en tarea de mi acción.” El totalitarismo conoce la autenticidad de la máxima evangélica: “la verdad os hará libres”, por eso teme a la verdad, por eso se convierte en su enemigo, pues ella tiene la fuerza capaz de acabar con cualquier coacción.

Sensibilidad hacia el valor

El olvido de la esencia ha traído consigo el atrofio de la sensibilidad hacia los valores, lo que se traduce en una creciente anomia. Esta anomia o falta de

normas y valores se admite como consecuencia lógica: si la realidad no tiene esencia, de ella no emana ninguna obligación moral.

La sensibilidad moral depende de la capacidad de captar la esencia de la realidad que se manifiesta en los valores. Guardini define la cultura de cada persona como esa “capacidad de distinguir entre valores auténticos y falsos”. Del mismo modo, el nivel de cultura no es otra cosa que “la precisión, la certeza y la fuerza con que un hombre responde sobre el grado del valor y la pertinencia del valor.”

Si el hombre no tiene atrofiada esa sensibilidad, su interior es incitado por los valores. A esa incitación responde con una vibración, un movimiento transitorio desde el hombre “tocado por el valor” hacia aquello que lo “toca”. A esta tendencia es a lo que Platón llamaba “eros”. Siguiendo una larga tradición cristiana, Guardini llama “corazón” a ese interior “tocado” por el valor. “El corazón es el órgano que capta la sacudida inmediata del valor y responde a ella con la vibración correspondiente. Surge así el amor, el cual, por decirlo una vez más, va ascendiendo poco a poco del mero apetito a la pura afirmación libre de todo interés. Una de las formas supremas de afirmación del valor es la de la gratitud por el hecho de que el valor sea realidad: ‘Te agradezco que existas’.”

La “fuerza” del bien

Pero resulta fácil anquilosar ese “eros”, dejarlo reducido a su primera expresión de deseo egoísta. Entonces el amor, la afirmación del valor en cuanto tal, se convierte en una quimera. Así, se busca la satisfacción que produce el valor, antes que el valor mismo. De esta manera, por ejemplo, se persigue el orgullo que, de hecho, causa la valentía, pero no la valentía en sí. Se quiere el efecto, pero no el medio: sentirse orgulloso, sin ser valiente. Esta actitud mata los valores. Guardini lo tiene claro: “Si yo pudiera sentir el orgullo de la valentía sin ser valiente, debería rechazarlo, porque de esa manera el valor que llamamos ‘valentía’ quedaría destruido, y la vida perdería entonces su justificación. Pero es que, además, el orgullo mismo perdería sentido, sería fraudulento, sordido.”

Lo sencillo es dejarse arrastrar por el propio egoísmo e ir destruyendo los valores. Así ocurre, por ejemplo, que queremos la felicidad por encima de todo, pero no como consecuencia del obrar bien, sino como una exigencia: creemos tener derecho a la felicidad. Ella entonces se convierte en el sentido de nuestra acción, ocurre entonces que, como afirma Guardini, “la existencia se embrolla; desaparece la justificación del obrar, que reside en la vigencia intrínseca del valor. Y la felicidad de esa manera es ilegítima, porque deja de ser fruto del valor hecho realidad.”

El valor de los valores es el bien. Guardini define el bien como “lo correcto en cada momento en la medida en que se me plantea como una exigencia”. Esto quiere decir que el bien pesa siempre, me exige siempre, no puedo actuar sin tenerlo en cuenta, porque me hallo siempre sometido a su exigencia, haga lo que haga, incluso cuando estoy bromeando. Puede haber situaciones en que ciertos valores, por ejemplo los estéticos, no están exigidos, sin embargo, no hay ninguna situación en la que el bien no obligue al hombre en cuanto tal.

Guardini lo ejemplifica así: “El artista que pinta un mal cuadro porque no sabe hacerlo mejor fracasa como artista ante la exigencia de la obra, que viene a decirle: un buen cuadro ha de tener estas y aquellas propiedades. Esta exigencia también es apremiante; pero no tiene la peculiaridad de la exigencia ética cuando dice: debes hacer el bien, siempre y en general. Aquélla se dirige al artista en cuanto artista, es decir, de un modo relativo; ésta, en cambio, va al hombre, es decir, de un modo absoluto. Esta clase de vinculación es lo que llamamos el deber.”

El bien, por tanto, no es un valor concreto ni la suma de los valores. Usando la vieja imagen platónica, se puede decir que es como el sol que todo lo ilumina. Por eso, atribuirle a un valor concreto un peso absoluto supone un grave error. Es lo que hizo el esteticismo de la época moderna –Guardini cita a Gustave Flaubert, Oscar Wilde y Gottfried Benn como sus representantes–, que al convertir la exigencia estética en un *ethos* sin más lo falseó todo. Una etapa histórica que exalta un valor de tal manera que eclipse al bien, a parte de que comete un absurdo, pone en peligro su propia salud moral.

El “segundo” mundo

Se puede decir que no hay valor si no está “iluminado” por el bien. Pero ocurre que el bien se caracteriza por la infinitud y la simplicidad, lo que significa que necesita refractarse, especificarse, adoptar un nombre concreto para poder convertirse en acto. El bien me exige de una manera infinita y simple, determina el carácter ético de mi existencia en cuanto tal. Esa exigencia infinita del bien es anterior a la existencia de todo lo finito y llega a ser mediante mi obrar. Es decir, el bien me exige que yo lo ponga en práctica, me obliga a que yo haga posible que se realice en el mundo, en lo que Guardini llama “segundo” mundo. En la *Ética* lo expresa de esta manera: “El carácter de obligatoriedad reside en la evidencia del bien mismo, que al final sólo puede entenderse en sentido religioso, es decir como la santidad de Dios que pide del hombre inmerso en el mundo ser traída a presencia en dicho mundo, ser puesta en práctica. Lo que en la formulación anterior hemos llamado el ‘segundo’ mundo, que el hombre ha de crear constantemente, se convierte ahora en el reino del bien, en el preámbulo natural del Reino de Dios tal como se desarrolla en la Revelación de Cristo.”

La imagen tradicional del mundo como un gran escenario nos puede servir para entender lo que nos quiere decir Guardini. Cada uno de nosotros tenemos que entrar en escena durante un lapso de tiempo (nuestra propia existencia). La cuestión es ¿cómo debo actuar sobre el escenario? Si hiciera el papel de Otelo sé que debería ser celoso, si representara a Macbeth, ambicioso, si a Don Quijote, loco; pero cuando yo desempeño mi propio papel, ¿cómo debo actuar?

A esta pregunta sólo se puede responder si nos convencemos de que no sólo estamos en el mundo, sino que somos responsables de él. Mi acción sale de mí, pero no al modo como el efecto físico resulta del proceso transformador de la causa eficiente, ni tampoco del modo en que el crecimiento biológico nace del centro productivo, sino a partir de un punto inicial del que yo mismo soy dueño o, mejor dicho, origen, y que él mismo no es efecto sino auténtico inicio. A

esto se llama “iniciativa”. Mi obrar tiene su inicio en mí, esto es la libertad. “Ciertamente –afirma Guardini– esta iniciativa tiene ‘motivos’ para su comportamiento, pero no son ‘causas’ de fuera de ella, sino que ella misma es su causa. Por eso la acción es mía realmente (igual que en su realización yo soy yo mismo).”

La responsabilidad significa que mi acción me pertenece de un modo especial, al igual que yo le pertenezco a ella de un modo también especial. Mediante mi acción puedo lograr que los valores acaezcan, ésa es mi responsabilidad. Por eso, el auténtico amor a la verdad está por encima de los intereses particulares y pregona que, con tal de que la verdad se encuentre, es indiferente quién la halle. Lo mismo ocurre con los demás valores: la auténtica benevolencia consiste en alegrarse de que existan valores realizados en cualquier persona. Guardini lo dice de forma contundente: “Puede decirse que la salud espiritual, la libertad, la gloria y la dignidad de una época o de una sociedad dependen, en el fondo, de si viven en ella hombres llenos de pasión por los valores, que lo cifren todo en que tales valores se realicen, olvidándose de sí mismos.”

Esa “fuerza” que tiene el bien para obligarme (no coaccionarme) y que hace perenne la vigencia de los valores, tiene un origen trascendente. Existe una poderosa intuición que sacude la obra de Romano Guardini: la ética natural lleva necesariamente a la conclusión de que el bien tiene un carácter religioso.

DR. CARLOS GOÑI ZUBIETA
Universitat Internacional de Catalunya (Barcelona)